

ABECEDARIO ANDALUZ

Por

A. R. Almodóvar

(Estos artículos sobre habla andaluza aparecieron en la edición andaluza del Diario El País, entre los días 3 al 31 de agosto de 1999.

Se publicó en forma de libro en Ediciones Mágina, Barcelona, 2002)

ACENTO

Son ya muchos los lectores y articulistas que se quejan del mal trato que recibimos los andaluces en la televisión a causa de un supuesto y malhadado acento. Principalmente en alguno de estos folletines modernos donde lo andaluz es encarnado por una criada vulgar y chistosa.

También ha habido otras series, en honor a la verdad, donde el habla nuestra ha venido mostrándose más natural y digna; caso de *Periodistas*, con una Esther Arroyo, de Cádiz, que supo encontrar un ajustado término medio, alejado por igual de las vulgaridades y simplezas a que obliga el tópico, como del estándar madrileño. Y en el cine, por fin, vimos normalizado el uso del andaluz con ejemplos muy notables: *Solas*, *La niña de tus ojos*, *Yerma*, que ya tuvimos ocasión de comentar en estas páginas.

Pero siguen de vez en cuando pegándonos trallazos de indignación, o de estupor, residuos de un habla contrahecha que propiamente no ha existido más que en los sainetes de don Ramón de la Cruz y de los hermanos Álvarez Quintero. El problema estriba en saber cuál es exactamente ese otro acento andaluz que debería usarse en público, en el cine, en la radio, en la televisión, para resarcirnos del denigrante castigo y sin tener que imitar el habla de Castilla.

Ardua cuestión que divide a los teóricos y a los publicistas en posturas poco conciliables. ¿Pues en qué andaluz nos basaremos? ¿En el de oriente o el de Occidente? ¿En el que usan los universitarios o en el más llano de la calle? ¿Cuestión de pronunciación sólo, o de algo más?

La serie alfabética que aquí se inicia no pretende resolver tan agudas controversias. Pero sí quiere apostar por una reivindicación muy sencilla: la de usar y dignificar en todos los ámbitos, públicos y privados, la lengua que mamamos y en la que nos educamos, siguiendo, claro está, las huellas que el tiempo y la sociedad imprimen a esos usos, como también el rastro que las palabras dejan en el tiempo.

Y convencidos de que, así como el acento prosódico es el alma de las palabras –cántara, cantara, cantará- el genérico acento andaluz, sea lo que fuere, forma parte sustantiva de lo que quiera que seamos.

3.8.99

BORRICO

Lo vimos en la noria de nuestra infancia dando vueltas y vueltas, aparentemente adormecido por el rumor entrecortado del agua en los cangilones. Lo vimos subir las empinadas cuestas del pueblo con sus cargas de arena, de ramas de olivo para la tahona, formando recuas de hasta treinta ejemplares. Paciente, incansable, fiel. Pero la imagen de la torpeza, que en realidad no le corresponde, lo dejó desvalido ante los nuevos tiempos.

Resistió mal la competencia de otros transportistas y hoy empiezan a ser raros. Se les ve en las cunetas, ya sin angarillas, paciendo tristemente como en un senequismo residual. Tal vez por eso es en un pueblo cordobés, Rute, donde se creó hace unos años la Asociación para la Defensa del Borrico. Y en Mijas lo han convertido en taxi para turistas. Quién iba a decir que este aliado inseparable del campesino andaluz pasaría a engrosar la lista de nuestras especies en peligro, junto al buitre negro –que antaño se comía-, el camaleón –que es versátil, todo lo contrario que él-, y el lince – que pasa por ser el más listo- Pero así es la vida.

Borrigo es palabra más andaluza que burro, ésta de dominio general, pero que tapa a otros términos más locales, literarios o anticuados: asno, jumento. Y también esconde la distinción entre la Andalucía occidental y la oriental. En ésta ha prosperado la Pollinica del Domingo de Ramos, mientras en la occidental los niños acuden ese día a contemplar la Borriquita. En Úbeda prefieren el diminutivo más castellano, borriquilla. Y en la Andalucía central sobrevive como puede un rucho.

De niños y de un burro trotón y coqueto va también la fábula que se sacó de las marismas Juan Ramón Jiménez. Tan popular se ha hecho este Platero que casi se ha convertido en un sinónimo más de la especie en diminutivo. Y su derivado, Platerillo, la mascota de Andalucía de los Niños, en Expo'92, también hizo las delicias de hasta los de noventa años. En realidad es ahí, en el reino de las fantasías, donde pervive, capaz de ganarle en los cuentos populares al mismísimo león, y al lobo. Pero sobre todo es símbolo de la inhumanidad de los humanos cuando éstos lo abandonan en el monte, viejo y lleno de *mataúras*. Qué burros somos.

4.8.99

CECEO

"El ceceo es un fenómeno corriente en gran parte de la Andalucía Occidental, pero socialmente no goza de prestigio y sufre un creciente rechazo por su carácter aplebeyado". (*Vocabulario popular andaluz*, Francisco Álvarez Curiel, Arguval, Málaga, 1999). Es la última definición que hemos encontrado de este importante rasgo del habla andaluza, y seguro que no gustará a muchas personas que son *ceceosas* de natural, y que muy naturalmente dicen *Zalamanca*, *Zeviya* y *mardita zea tu arma*. Pero no expresa nada que no sea cierto; si acaso se le ha ido un poco la mano en lo de "aplebeyado". Es verdad que cuando un andaluz ceceoso recibe instrucción -y cada día son más, afortunadamente- suele arreglárselas para que se le diluya lo más posible esa marca de nacimiento lingüístico, que en sí misma no tiene nada de malo. Pero, ay, que luego viene lo del prestigio social. Se cuenta la anécdota de un aspirante a profesor de Lengua que empezó disculpándose ante el tribunal por ser ceceoso, aunque prometía corregirse cuanto antes. Pero yo recuerdo, allá por el año 76, cuando subió al escenario una de las primeras obras del llorado Alfonso Jiménez Romero, en que una muchacha de Arahál, guapísima por cierto, exclamaba: "¡Ay, qué *coza* tan *precioza*!". Y dicho con tal espontaneidad, enseñando el piquito de la lengua entre los dientes a cada zeta, que levantó un aplauso enfervorizado. Quizás era la primera vez que en una función no quinteriana el ceceo quedaba estupendamente. Quiere decirse con esto que la cosa es muy relativa, y que depende de la situación -como ocurrirá con otros muchos fenómenos de los que aquí hablaremos-. Incluso algunos tópicos académicos, respecto del ceceo, están en plena revisión, incluida su geografía. Así, en Cádiz capital se analiza hoy la convivencia y la vacilación entre seseo y ceceo; se halla éste en retirada al Norte de Málaga; marca el fenómeno diferenciación sexual en Cúllar-Baza, como en otros lugares. Hay bastante más ceceo en Hispanoamérica de lo que se pensaba, sin duda como una consecuencia más de la impronta andaluza en el español de aquellas latitudes. Claro que esto no todos los especialistas lo admiten. Pero por no admitir los hay que ni siquiera reconocen la existencia del andaluz. *Jozú*, es decir, qué barbaridad.

5.8.99

CHUNGO

No parece sino que la extraordinaria fuerza expansiva del andaluz estuviera concentrada en unos cuantos campos gravitatorios, algo así como supernovas del idioma, de donde irradian los cambios más revolucionarios que nuestra variante ha prestado al conjunto del español. Uno de esos campos es el de los sonidos *s*, *z* y afines, con fenómenos como el *seseo* y el *ceceo*, de los que seguiremos hablando. Tan

intensa es la conmoción, que acaba afectando a estrellas próximas, como la *ch*. Si atendemos bien, por ejemplo, al cante de Camarón, le oiremos decir "el caballo de la noche", ya muy cerca de *nose*. Da un poco de miedo pensar en qué puede acabar esta, por ahora, semilatencia en los gustos fonéticos de los gitanitos de Cádiz que imitan a su rey. Pero se trata de un grado extremo de la evolución, que no ha hecho sino apuntar.

Entremedias queda la cada día más extendida *noshe*, esto es, una *ch* relajada (fricativa) que utilizan otros líderes populares: "Anoshe loh mushasho de'r Beti..." (En Canarias, curioso, el dialecto hermano ha impulsado el desplazamiento hacia la *y*, *muyayo*). Y aunque el sonido sigue teniendo una cierta estimación social baja, no hay duda de que se está extendiendo, tal vez por vía de imitación humorística; por cierto, uno de los motores principales del dinamismo innovador del andaluz. Es el caso de *chungo* (*shungo*), una palabra de origen caló que cubre un amplio espectro de polimorfos vaguedades: "La cosa está *chungá*", decimos cuando algo no va bien. "*Chungo* de papeles" iba un inefable director de Canal Sur a rendir cuentas al Parlamento. "El día está *chungalete*", ni bueno ni malo, sino todo lo contrario. Otras muchas voces con esta *sh* parecen girar dentro de un campo magnético de expresiones coloquiales de incierto o atrevido matiz: un *chapú* es un trabajito rápido e informal; una *chapuza*, lo mismo pero además mal hecho. El chiquilicuatre castellano es el *chipichaca* en Cádiz y el *chiquichanca* en Sevilla. ¡Valiente *churro!*, se dice de algo rematadamente desastroso. Un *chorizo* (interpretación popular del caló *chori*, ladrón), es un mangante de poca monta; un *chupito*, la forma actual, nocturna y ruidosa del más antiguo *chicotazo*. Otra vez en Cádiz, la muletilla *chocho/picha* continúa universalizándose con la mayor frescura para diferenciar al género humano en sus dos mitades inequívocas. Y hasta se neutraliza en *chichinabo*, curiosa manera de quitarle valor a algo mediante la coyunda, sólo léxica, de los dos sexos; lo que por separado produce *chuminá* y *carajotá*. Pero éstos son oscuros senderos de la semántica erótica del andaluz, que es otro cante.

6.8.99

DESCORCHAR

Verano. Por muchas carreteras andaluzas se ve, y se sufre, un tráfico lento y pesado de camiones que transportan el corcho. Portentoso equilibrio de fardos apretados, procedentes de la *saca** o *pela,** que cada nueve años se realiza en los más recónditos alcornoques de nuestras serranías. Un duro oficio de hachas afiladas y precisiones milimétricas. Una rentable producción -sobre 25.000 toneladas, 12.500 millones, en buen año-, con la que Andalucía dobla al siguiente, Extremadura. La base transaccional en el

monte es el quintal castellano, que equivale a 46 kilos, y que en las últimas campañas se pagó a entre 8.000 y 10.000 pesetas. Este año 99, con la sequía, la producción ha bajado y hay mucha queja en el campo. Con todo, cualquier cantidad rendiría mucho más si buena parte de esas *pilas de planchas* no emigraran a Castellón, a Portugal, o a otros lugares donde son transformadas en tapones, aislantes y demás derivados, a los que esta prodigiosa materia presta sus inimitables cualidades. Si no fuera por nuestro corcho, no habría champán francés.

Pero si hoy esta labor nos interesa es por su vertiente lingüística y etnográfica, de un alto valor también. Tal vez no quede en Andalucía una actividad selvícola mejor conservada en sus usos y vocablos tradicionales, por dos sencillas razones: una, porque no se ha encontrado mejor manera de *rajar el corcho*, o *pelar*** un *palo*** -Hornachuelos, Córdoba- que la que llevan a cabo esos *escorchaos** (Huelva, Sevilla), o *corcheros* (Málaga, Córdoba, Jaén), con justeza y precisión de cirujanos, para no herir el *curtío** o piel interna. (En Gaucín, Málaga, llaman a esto *chapparreta**, y aseguran que en cocimiento es buena para el dolor de muelas). Dos, porque tampoco se ha encontrado mejor transporte desde muchos arriscados parajes que el de las bestias, con toda su cultura de *manijeros*, aparejos y demás costumbres. Aún habría que añadir la homogeneidad lingüística que, salvo pequeñas variantes, presenta esta actividad en el territorio andaluz. Por ejemplo, *bornizo*** es, según el ALEA (*Atlas Lingüístico y Etnográfico de Andalucía*, de Alvar-LLorente-Salvador) el primer corcho que se obtiene. (Así lo da la Academia, que no da más). Pero en otras comarcas es todo aquel corcho que no sirve para tapón (*tapino** en Sierra de Aracena). Y no hay que confundir con *corchizo**, que es el de baja calidad, también denominado *refugo** en Santa Olalla, Huelva; o *rebujo*** en Jaén; frente a *corcha* -atención al femenino- que es todo buen corcho por antonomasia. Las categorías o calibres, según el *tupío**, o espesor. Otras palabras se pierden irremisiblemente: *dornajo***, pesebre de corcho, o *cucharro***, cualquier recipiente obtenido de esta admirable, ecológica y bien andaluza materia, que mil años dure.

* No aparece en el DRAE (Diccionario de la Real Academia).

** Aparece en el DRAE, pero no con la acepción andaluza.

EXPRESIVIDAD

Aunque de muy difícil definición, no hay experto o aficionado a las singularidades del habla andaluza que no haya señalado ésta que parece una de las más notorias: la *expresividad*. Algo así como la capacidad de expresar la lengua más allá de los usos reglados, en las múltiples y entrecruzadas fronteras

de lo afectivo, lo humorístico, lo redundante, lo ingenioso... Es más que el simple *gracejo* o que la *facundia andaluza* y viene destacándose de antiguo. Así, en 1.521 un fraile cartujano llamado Juan de Padilla le hacía observar a otro: "Yo te conozco por un andaluz/según la locuela te hace diserto", lo que en versión de José Mondéjar (*Dialectología Andaluza*, Granada, 1991) quería decir: "Por el tono y el modo de hablar, y por la facilidad de palabra y argumentación, veo que eres andaluz".

Algunos ejemplos frecuentes quizás nos alumbren un poco más. Decir *bajito de cuerpo* es un pleonasma cariñoso que exime y hasta enaltece ser de baja estatura; *ahora mismito* supera al mero instante, aunque no sepamos bien en qué; *toito'r mundo* implica más a la humanidad que la simple aritmética de "todo el mundo". Obsérvense en los tres ejemplos el valor del diminutivo andaluz, bien conocido y singularmente utilizado por García Lorca: *ganitas*, *dinerillo*, *torerillo*... La composición de palabras es fuente inagotable de agudezas: *culiparlante* se aplica en Cádiz a los parlamentarios que sólo calientan el escaño; *fueraparte* señala la excepción muy rigurosa. Auténticos latigazos del lenguaje serán, por este mismo procedimiento: *frescoño*, que en Málaga es una racha de frío mañanero; y allí mismo *follapavo*, esa insoportable levedad del ser andaluz que en Sevilla o Huelva es el *malaje* y en Granada el *malafollá*. El territorio de la metáfora humorística es también infinito: *pajaritos de huerta*, por pimientos fritos; *cambiarle el agua al canario*, por orinar (los hombres, claro); *viá pegá un explotío*, por no resisto más; *le faltó er cant'un duro*, por le faltó muy poco. Las dos últimas con alianza de la hipérbole o exageración andaluza, que por sí misma constituye todo un género de tradición oral, base del humor de un Paco Gandía (*máh descorgao que la puerta una cuadra*) y de muchas realidades nuevas: *más quemao que loh palo'un churrero* se dice ahora del político acabado, y no faltan ejemplos. Pero a veces la expresión se resiste al análisis: *está hecho un Juan Cohone*, y si uno no vio cierta chirigota de hace dos años, no acabará de entenderlo. El mismo plato regional por antonomasia, el *gazpacho*, ingenio culinario de la mescolanza, sirve para designar todo lo contrario: cualquier mezcla inadecuada de cosas. Menudo *gazpacho* ha salido esta columna.

NOTA: De todas las voces andaluzas en cursiva sólo aparecen en el Diccionario de la Academia: *malaje* y *gazpacho*.

8.8.99

GUASA

Otro término esquivo y de origen incierto en el registro coloquial del andaluz. Corominas lo cree antillano (en Cuba significa "jolgorio, alegría ruidosa"), sin descartar un primer impulso romance. Algo así como un cante de ida y vuelta. Esto explicaría su arraigo en Cádiz, donde parece consustancial con un modo de pensar y de sentir el mundo. "El gaditano es *guasón* por naturaleza", afirma Pedro M. Payán en *El habla de Cádiz*.

Pero lo malo es llegar a definir qué sea eso de la *guasa*. "Cierta gracia sería, en reposo, disfrazada con cierto toque de cinismo, un mucho de ironía, una gran carga intelectual", ensaya este autor. Concepto comodín, en todo caso, resbaladizo y hasta cierto punto peligroso. Como que unas veces elogia y otras previene. *¡No tiene guasa el niño!* es más bien eso, precautorio. En cambio, *Este niño está hecho un guasón*, parece pronosticar buenas cualidades, acaso un alevín de chirigotero. Depende del matiz morfológico, la construcción de la frase, el contexto, el guiño. Un vinatero de Chiclana comentaba en Canal sur TV el pasado 21 de Julio: "Y no te vayas a relajar, que los premios tienen mucha *guasa*". Tal vez aludía a intereses creados en la convocatoria, sin querer denunciar nada abiertamente. La *guasa* era también la mala suerte, por lo menos hasta 1929, en que Fernando Villalón escribe a Bacarisse: "A ver si canso a la *guasa* que corre tras de mí". También recoge un aspecto negativo Alcalá Venceslada en su imprescindible, y discutible, *Vocabulario andaluz*: "Guasón empedernido; irónicamente mal ángel, papanatas". El componente burlón es, con mucho, lo más firme en este campo minado por la ambigüedad. Un informante de las *Encuestas del habla urbana de Sevilla, 4* (1987), dirigidas por Vidal Lamíquiz, se expresa de esta guisa: "...esta gracia es distinta, es que hay dos clases de gracia: hay gracia con *guasa* y gracia que tiene gracia..." ¿Lo han entendido? Yo tampoco.

Hace ya bastantes años, viajábamos mi hermana y yo hacia Cádiz. A eso del mediodía se nos ocurrió parar en EL Puerto y preguntarle a un guardia municipal dónde habría una freiduría de *pescaíto frito*. Ya el hecho de preguntarle en femenino, en vez de en masculino, *freidor*, que es como se dice en la zona, alertó al agente de la autoridad, quien con un poquito de retranca, y tras asegurarse por la matrícula de dónde veníamos, informó: "No, miren ustedes, a estas horas..., puede que quede algo d'anoche..." "No, que estará frío", argüímos. "Lo ziento". Y cuando ya nos alejábamos en el coche, salió el hombre tras de nosotros, como quien recuerda algo de repente: "Como no zea ahí un poco más arriba, que er zó estará dando en el escaparate a lo que zobró d'ayé..." Eso es la *guasa*.

10.8.99

HAMBRE (*jambre*)

En la autovía Sevilla-Málaga, a la altura de Alcalá de Guadaíra, hay un indicador, muy grande, que señala a los viajeros la proximidad de un lugar denominado "Piedra hincada". Uno, que es nacido en el pueblo de los panaderos, confiesa que la primera vez que lo leyó se sintió perdido. Qué demonios será esto, pensé. De pronto caí en la cuenta. Se refería a "Piedra *jincá*", un paraje por el que yo correteaba de niño y que recibía este nombre en referencia a un menhir que por allí hay, o había. La relamida censura ortográfica del Ministerio de Obras Públicas lo había vuelto irreconocible. Saquen ustedes las consecuencias.

Ligada al medio rural y a los vulgarismos de gente poco instruida, esta aspiración de la hache en palabras que tuvieron F inicial latina (*jambre, jembra, jigo*; también en interior, *mojoso, jesa -dehesa-*) parece hoy batirse en retirada incluso donde más raigambre tuvo, el Occidente andaluz. En Oriente es esporádica. Pero no siempre fue así, ni mucho menos. El aire rústico de esta pronunciación es una marca social tardía, de no más allá el XVIII; y, por el contrario, fue signo de elegancia en Castilla hasta finales del XVI. En Fray Luis y en Garcilaso hay que leer *jermoso* y *jermosura* para que salgan bien los endecasílabos. Como si fuera un trasunto de esa distinción, se forjó el célebre apotegma del andaluz central de Osuna, ya registrado por Rodríguez Marín: "*Tóo er que no diga jacha, jorma y jiguera no es de mi tierra*". (En las zonas colindantes con el extremeño se sustituye *jorma* por *jigo*). Dos andalucismos de esta *jechura* han logrado sin embargo subir en la escala social: *jondo*, y *juerga*, del universo del cante. Los dos, menos mal, aparecen en el Diccionario de la Academia, seguramente por descuido. Otras muchas de ese campo esperan tan alta consideración, como vimos en la F de esta serie. Paciencia.

El mantenimiento de esta aspirada contradice en cierto modo esa tendencia de nuestra habla a "comerse las letras", o **fonofagia**, una de las características en las que se centra la conciencia lingüística más común de los andaluces, erróneamente. Tal vez sea por una vaga relación inconsciente con la hambruna franquista de los años 40 y 50, según el mucho hincapié que ponían nuestros fieros educadores, y educadoras, en que para ser fino había que reponer todo lo que nos comíamos en nuestras meriendas lingüísticas, imaginarias, claro está, como las de Carpanta. Ya sería un avance importante en la recuperación de nuestra dignidad lingüística el que se fuera extendiendo la idea de que los andaluces no comemos letras. Más bien son otras letras, las de los bancos, las que nos comen a nosotros. Y eso sí que tiene difícil arreglo.

11.8.99

IBÉRICO

Ha ganado mucho en estos últimos años la mitología del cerdo ibérico, como fuente de manjares exquisitos. Y hasta parece demostrado que una buena dieta de jamón *pata negra*, además de constituir valiosa ayuda contra los sinsabores de la existencia, combate el colesterol malo -además de la cuenta corriente- y mejora el bueno. Pero la expansión del producto -aparte generar viva inquietud en los consumidores autóctonos, temerosos de que otros se acostumbren a lo mejor y les priven de ello-, así como las nuevas técnicas industriales que lo envuelven, pueden acabar con un rico patrimonio lingüístico ligado a las convencionales y familiares matanzas. No ocurría así con el corcho, como recordarán los generosos lectores de este rincón. Así que bueno será darle un repaso al léxico y a las costumbres de esta práctica, antes de que desaparezcan por completo. De camino le daremos también otro repaso al Diccionario de la Real Academia, que una vez más se muestra rácano y despectivo con el habla andaluza. Pero el propio *Vocabulario Andaluz*, de Alcalá Venceslada -tan necesario, tan discutible-, y el mismísimo *ALEA*, contienen severos errores y lagunas sobre este particular. Incomprensible que el último denomine *lechón* a lo que por aquí en todas partes se llama *piro*. Todo un caso.

"En agosto, frío en rostro", dice un refrán que a los playeros se antojará despropósito, pero que tiene su sentido en las norteñas latitudes de la Sierra de Aracena -o de Huelva, que de ambas y no bien avenidas maneras puede decirse- por lo que ya va refrescando en sus noches. Preludios de invierno en el corazón de la Andalucía verde (Galaroza, Fuenteheridos, Los Marines, Cortelazor, Valdelarco, Jabugo...), subrayados por las cabañuelas -este año vaticinan abundantes lluvias para finales del 2.000- y últimas liquidaciones de la matanza anterior: *pestorejo* (carrillada), salchichones, morcones y morcillas gordas, hasta el último *moñillo*. En el *madarro* se parten los huesos de los jamones ya limpios. Lo demás quedó en remembranza. Aquellas mañanas frías de Navidad, cuando la *jirria* (chiquillería) salía *raspajeando* (corriendo en todas direcciones), bajo la amenaza de ser pintados en la cara con la sangre del cerdo todavía caliente. Y los mayores se congregaban alrededor del anís y los *casamientos* (higos perforados con un trozo de nuez, qué audacia). Tras el sacrificio, el matachín quemaba la hirsuta piel del animal con *carquesa* (especie de retama seca); luego la raspaba con un *cacillo*, las mujeres se ponían la *cernidera* (delantal), *embusaban* (embutían), etcétera. A mediodía, invitados y colaboradores comían un guiso de *fresquillo*, con previos toques a ciertas presas recónditas, como las *castañetas*, chicharrones y *redaños*.

En la chimenea, alguien animaba el *borrajo* con *taramas* y *chapojos*. Sin académicos ni dialectólogos, corría el vino del Condado y la alegría universal.

12.8.99

JOTA

Al oído no andaluz tal vez sea éste el rasgo más llamativo de nuestra fonética, especialmente en la parte occidental: la pronunciación suave de la *j* (también de *ge*, *gi*), como si fuera una hache aspirada. Lo que se viene definiendo como un "ligero soplo espiratorio", vamos, un suspiro. Suspiro, a lo *mehó*, del alma doliente de esta tierra. Porque hay que ver la cantidad de trabajosos caminos que confluyen en él. Como que parece un superfonema del habla andaluza.

Ya lo vimos en el mantenimiento vulgar de una antigua F- inicial latina: *jierro*, *jaba*, *jundío*, *jincá*..., todas pronunciadas con esa misma aspirada. Ahora nos la encontramos en todo sonido jota (*¡côhe ese páharo!*). Pero es que otro camino para llegar a él -y van tres- es el de la eliminación de la -s final de sílaba o de palabra, lo que afecta de un modo extraordinario a la configuración del plural andaluz, en varias soluciones. En la parte occidental, la más frecuente es la transformación de esa marca en otra vez la misma aspirada: *loh andaluce* (los andaluces), *lah ocho* (las ocho), *lah lanteha*, las lentejas. En la oriental, modificará generalmente el timbre de las vocales próximas, abriéndolas y alargándolas, hasta producir una riqueza de matices muy característicos: *loo-andaluce*, *laa-ocho*, *lah lanteja*. (La ortografía normal no permite representar estos importantes cambios). Nos acercaremos aquí a una cuestión muy espinosa, que ha dividido, y divide, a los más eminentes lingüistas: si se puede hablar propiamente de unas vocales abiertas del andaluz oriental con verdadera categoría fonológica, es decir, capaces de distinguir significados. El profesor Alarcos, que no solía equivocarse, afirmó que lo que sí existe es este fonema del que venimos hablando, la *h* aspirada, una de cuyas manifestaciones es esa *e* abierta tan peculiar del oriente andaluz, que cubre hasta un 60% del territorio y empieza en las mujeres de Estepa, que dicen *Ehtepe*. *¡Almendree, qué riquee, qué buenee!*, dirá el pregonero en la ciudad de García Lorca.

Todavía hay que añadir a esta polivalente aspiración las mutaciones de otras consonantes en final de sílaba: *trahtó*, tractor; *vehla*, verla. (Van cuatro). Y una quinta: el famoso *jejeo*, o pronunciación de la *s* no final como jota: *pejeta*, peseta; *Jeviya*, Sevilla. Un vulgarismo rayano en el barbarismo, pero que se viene escuchando con un cierto descaro últimamente, como reclamando también un sitio en la sociolingüística del andaluz. Sin ir más lejos, en la excelente película *Solas*, los protagonistas, en un momento dado, y de gran intensidad dramática, se expresaban con este *jejeo* tan rústico pero a la vez tan auténtico, y no *paja ná*.

KOINÉ

Esta palabreja es un grecismo (también puede escribirse *coiné*) que los filólogos utilizan para caracterizar a una lengua común, producida por reducción de variantes y en virtud de una voluntad más o menos definida de los usuarios, ante una necesidad histórica. Fue el caso de la lengua ática, como resultante y superación de los dialectos griegos, a la muerte de Alejandro; del sánscrito clásico (siglo IV a.C.), ante la amenaza de las lenguas populares; del árabe de Al-Andalus, entre los siglos IX y X, ya bastante homogéneo tras resistir los empujes migratorios del Norte de Africa. Etcétera.

Y dirán ustedes que qué tendrá que ver todo eso con el habla andaluza. Pues tiene y no tiene, según se mire, o se quiera mirar. A lo menos como referente metafórico sirve para trazar el posible objetivo de un habla común que pudiera ser la resultante convenida entre las distintas variedades del andaluz culto; un modelo de expresión, o *andaluz ejemplar*, que diera respuesta a varias necesidades objetivas: combatir el estereotipo de *vulgar y gracioso*; dignificarlo mediante el uso público en las tribunas y medios de comunicación; asentar una conciencia favorable de los propios andaluces hacia su manera de hablar; consolidar las formas cultas y urbanas. Entre otros. Algo capaz de decidir, pongamos, entre: *Me has oído, me hah oído, ma'hoío* . Un camino pedregoso, ya lo sabemos, pero que habrá que seguir alguna vez. Ya lo emprendieron algunos, con audacia y alto riesgo de incomprensión, como es el caso de José M^a Vaz de Soto (*Defensa del habla andaluza*, 1981) o Pedro Carbonero ("El concepto de norma andaluza", en *Actas del III Congreso sobre Enseñanza de la Lengua en Andalucía*, Huelva, 1995). En esas mismas páginas encontraremos una interesante reflexión sobre el problema, nada menos que por parte del gran lingüista rumano E. Coseriu. Pero otros también, a su modo, y aunque no crean en esa posibilidad de *normalizar* o *nivelar* el andaluz, han hecho mucho por ella, sólo con desbrozar la maleza que hay alrededor. Pienso, por ejemplo, en J.J. de Bustos (*El habla andaluza. Actas del Congreso del --*, Sevilla, 1997), cuando escribe: "Los recientes estudios de sociolingüística urbana han puesto de manifiesto que, bajo las variantes diastráticas [sociales], subyace un elemento de unidad entre las hablas urbanas que tiende a dotar de cohesión a las variedades [...] existe la conciencia de una cierta unidad dialectal con la que el hablante se siente identificado". Tela marinera, que diría un castizo...andaluz. Pero

no se nos espanten y sigan en nuestra sintonía, que volvemos dentro de unos minutos, aquí unas letras. Exactamente en la *N*, de *Norma*.

14.8.99

LÉXICO (I)

La conciencia espontánea de los andaluces suele cifrar en el léxico lo más característico de su habla. Todo el mundo tiene a mano un repertorio de lo que considera voces específicas de su lugar de origen, con las que desafía al erudito y a las que gusta dar vueltas y más vueltas, como formando parte de un equipaje sentimental. Si fuéramos capaces de reunir en algún sitio todas las aportaciones voluntarias de esos lingüistas de a pie, en poco tiempo tendríamos lo que no tenemos: las bases para un vocabulario real del habla andaluza.

La primera cuestión a plantear es de concepto: qué es un andalucismo léxico. ¿Palabra que no existe en el castellano de Castilla? ¿Que se quedó anticuada allí pero echó raíces aquí? ¿Ligera variante fonética o semántica? ¿Préstamos exclusivos de otras lenguas o dialectos: el mozárabe, el árabe, el caló, el leonés, el murciano..? ¿Neologismos producidos en el habla viva de la calle? De todo eso habrá un poco. Y mientras no esté publicado el *Tesoro del andaluz*, que nos tiene prometido Manuel Alvar Ezquerro, habremos de seguir tanteando.

Hoy vamos con lo más antiguo, los arcaísmos del andaluz. Cuando yo empecé a recopilar el habla de la Sierra de Aracena, hace muchos años -algún día habré de darlo por concluido-, atrapé un viejo dicho de Alájar que tardé mucho tiempo en descifrar: "*Afucia* de pan y brevas, vete a Santa Ana". Viene a significar: si estás esperando a que cumplan lo que te prometieron de palabra, mejor vuélvete a tu pueblo (Santa Ana la Real). Porque se pondrá el pan duro y se pudrirán los higos, y no te los darán. El DRAE sólo da 'afiuciar', garantizar, avalar. Un joven ventero, en la aldea de Valdeflores, cuando lo quise poner a prueba señalándole una medida de trigo que tenía por allí de adorno, me contestó sin vacilar: "Un medio *almú(d)*", (celemín). Mucho más vigente está *candela*, aunque cuando les contaba el cuento del Gallo Kirico a unos niños de Guadalajara, se quedaron en blanco al llegar a ese pasaje crítico. El maestro me susurró: "Diga usted *lumbre*). Reuelto. Como vivos están *aterminarse* (decidirse), *atacarse* (arremeterse bien la camisa). Más raros van quedando *afrecho* (salvado), *casapuerta* (zaguán), si no definitivamente arrumbados: *lieva* (acequia), *miga* (guardería infantil). Qué lástima.

De una gran antigüedad son también los mozarabismos, voces que usaban los cristianos que permanecieron en territorio musulmán; pues a partir de 1.162 apenas los hay en Andalucía, tras sufrir una auténtica masacre por parte de los almohades integristas (ya ven que la cosa no es nueva). Muchas de estas palabras, curiosamente, entraron por el árabe, medio camufladas: *cauchil*, registro de agua, es muy corriente en Granada. El *alcaucil* sigue haciendo las delicias de la cocina sevillana. Y mozarabismos son nada menos que *horchata*, *guisante*, *corcho*, *marisma*, *campiña*, *capacho*, *cenacho* (espuerta, en Málaga), *chiquero*, *alpechín*, *alcayata*, *palmicha*... ¡y el mismísimo *gazpacho*!

15.8.99

LÉXICO (II)

Arabismos andaluces.- La impronta árabe del andaluz ha sido cuestión muy controvertida y llena de asperezas. Se llegó a pensar que tanto el seseo sevillano, como el yeísmo y las vocales abiertas de la parte oriental se debían a un sustrato árabe, o más bien beréber. Hoy ningún lingüista solvente mantiene esas tesis, aunque quedan flecos por investigar. Las peculiaridades de nuestra fonética, o ya venían en forma embrionaria con los colonos de Castilla, León, etc., o aquí se gestaron y desarrollaron, se injertaron unas con otras, en un atareado juego de latencias, préstamos e incluso voluntad de los hablantes por distinguirse de la Corte. Un sugestivo mosaico de causas, y de incógnitas todavía.

Unas 4.000 palabras árabes hay en el acervo del español (muchas de ellas topónimos andaluces). Pero Fernández Sevilla sólo considera 136 como propias del andaluz. En los minuciosos mapas del ALEA tampoco rebasan el 15%. Una proporción exigua, como se ve, que también desmiente la pretendida arabización del castellano en estas tierras. Entre las que podemos considerar "propias" están las muy comunes -y en retirada- *aljofifa*, (que ya aparece en *Rinconete y Cortadillo*, de Cervantes), *alacena*, *alhucema*, *alberca*, *azuda*, *zacatín*, *coracha*, *alfajor*, *majarón*, *albur*, *alcuza*, *anafe*, *almanaque*, *almocafre*... Bellísimas palabras, atravesadas de emocionados recuerdos las más. Capítulo aparte merece la cuestión de los dobles (una palabra árabe y otra latina para la misma cosa), que es como un lujo del idioma que los andaluces administramos a placer: *almanaque/calendario*; *arrayán/mirto*; *alhucema/espliego*; *almoraduj/mejorana*; *ajolí/sésamo*; *almud/celemín*; *arazuz/paloduz*. Son como pares de zarcillos, a cual más hermoso, por los que la mujer andaluza tuviera que sufrir en su elección los días de fiesta.

Gitanismos.- Ya algo dijimos de esta cuestión a propósito de *Flamenco*, incluido el insufrible desvarío del Diccionario oficial. A las voces del yunque y el compás hemos de señalar otras muchas que

se han ido metiendo en nuestra habla casi de contrabando, en el roce de la fiesta, con los *achares*, (celos), que provocan los señoritos de *postín*, la *chalaúra* del cante, donde se inician los *chavales*; entre la *priva* (bebida), que está *chipén*, aprendiendo a *camelar*, y a buscarse el *parné*, que te *viá dá un cate*, no me hagas el *paripé*, que la cosa está *chunga*. Pero también de los arrabales del argot, con tanto *mangante* que lo que no quiere es *currar*, vete *najando* y no pases más *duquitas*. Con la curiosa aversión de los gitanos a pronunciar las sílabas *dra, dre, dri...* nos contagiaron el *pare y mare*, que muchas mujeres andaluzas se resevan para chillarle su desmedido amor a los hijos, en eso que en Iznájar, y en toda la sub-bética, llaman *un abrazo chillao*. ¿No tiene *ange*?

16.8.00

LÉXICO (y III)

A un sevillano que se puso novio en Galaroza (Huelva) lo invitaron a comer en casa de su prometida, en los comienzos de la relación. La novia creyó conveniente advertirle al muchacho: "Hoy toca *faisanes*". El muchacho se sintió muy complacido por el trato culinario que le dispensaban, creyendo poco menos que iba a emparentar con gente de alcurnia. Pero como le tenía cierta afición a las cosas del lenguaje, algo le extrañó el plural, *faisanes*. O iban a ser muchos a la mesa, o aquel condumio tenía gato encerrado. No fue gato, desde luego, pero sí unos hermosos *chícharos* (judías blancas), con muy buenos tropezones de chorizo nadando en la espesura de un caldo vivificador. El aspirante no tuvo más remedio que unirse al carcajeo de los hermanos de la muchacha, experimentados en chasquear a forasteros con la misma broma. La historia de este humilde alimento de nombre tan fastuoso, *faisán*** (*chícharo* en Sevilla, *habichuela* en casi todo el resto de Andalucía, salvando el sur de Huelva, donde ya aparecen los *frijones* que dieron el gran salto con las carabelas de Colón, en compañía de los *frijoles* extremeños) es muy sencilla. Se trata de un portuguesismo vigente en el Norte de Huelva, cuya estrecha coincidencia fonética con la codiciada ave produce ese curioso equívoco. Del mismo origen son *gurumelo* (de un *cogumelo*), la sabrosa seta de esos contornos; *fechar****, por cerrar con llave; *cardumen*, banco de peces, que fue navegando por toda la costa hasta Almería, como la pesca del pulpo con *alcatruz**, hoy recuperándose. Del occidente hispánico, es decir, del antiguo reino de León, provienen otros andalucismos de raigambre: *apañar* es en toda la Sierra de Aracena recoger la castaña del suelo; penosa labor generalmente encomendada a las mujeres en las frías mañanas del *ivierno*, y causante de dolorosos sabañones. *Esmorecías* que se quedan las criaturas, también del leonés *esmorecerse*, aunque con cambio semántico, pues el original significa "irritarse". (No sería para menos). *Calabozo* es el hacha corta que se usa para talar. Dice el fandango de Calañas: "Yo soy barbero y afeito/ a San Benito el cogote,/ con un

calabozo viejo/que me encontré *ayé* en el monte". Es deformación de *calagozo*, y por eso nada tiene que ver con el sinónimo de cárcel, que viene directamente del latino *calafodium*. También el muy andaluz *esaborío* * deriva del leonés *desaborido*, primo hermano del castellano *desabrido*, que es, pues eso, como un poquito más *malage*.***

Por el otro extremo del mapa se colaron, como es natural, los orientalismos. Del murciano es la *panocha* almeriense y granadina, o mazorca. Del aragonés, *ablentar* (aventar), *esmuir*, ordeñar, *llampo**, relámpago, *fiemo*, estiércol, *falsa* (desván)... ¿Y del catalán? Sí, señor, también del catalán, que aquí no somos xenófobos. Nada menos que el proverbial *chanquete* de Málaga, que muy feriado estuvo últimamente.

(*) No aparece en el DRAE.(**) Aceptación no recogida en el DRAE

(***) En el DRAE *malaje* (?)

17.8.99

MODISMOS

Modismos, giros, refranes, dichos, frases proverbiales... El fantástico universo de la agudeza popular andaluza tiene en este campo su más variada expresión. Quizás por eso, por la amplitud y por los recovecos, está tan poco estudiado. Del centenar de monografías sobre el andaluz con las que ya contamos, apenas media docena versan sobre esta escurridiza cuestión. Más mérito para el *Repertorio de modismos andaluces* (Universidad de Cádiz, 1991), de Manuel Barrios, aunque mucho de lo ahí recogido pertenezca probablemente al español general. Éste es, sin duda, el principal escollo: dónde está la "garantía" andaluza de *Más cornás da el hambre*, *Más feo que Picio*, *Irse por los cerros de Ubeda*, *Canelita en rama*, *Malas puñalás te den*, *Por donde amarga el pepino* o *LLenar la calle?* Pues en la historia, la toponimia, la huella fonética, la hipérbole, el folclore... De la primera frase se dice que la inventó El Espartero, que era sevillano. La segunda se refiere a un zapatero granadino de principios de siglo, que se hizo famoso por su extraordinaria fealdad -cómo sería *el pobre-*; la tercera no necesita comentario. El diminutivo andaluz se acredita en la cuarta; la maldición gitana en la siguiente; la metáfora humorística sostiene a la penúltima; y en cuanto a la última, que significa causar admiración de todos por belleza y gracia, una copla: "Calle la Polvera, que es anchita y larga./ Cuando pasaba mi hermanita Rosa/ *toa* la llenaba". Por cierto, que por esa misma calle se pegó un resbalón monumental el

actual alcalde de Huelva, cuando en el pasado Congreso del PP dijo aquello de que Teófila Martínez era "una rubia que hace muy bien la calle". Tal vez quería el hombre acogerse a este dicho, *llenar la calle*, pero el deslizamiento fue histórico.

Los de mayor garantía son sin duda los que incluyen un topónimo, como el ya referido de Ubeda (aunque se le atribuyen varios orígenes. A mí el que más me gusta es que un alcalde de esa población estaba tan enamorado de una mocita que vivía *por aquellos andurriales*, que no se concentraba en su gestión. En estos tiempos de alcaldes tan materialistas, *no me digan que no es bonito*). Lo de *Quien fue a Sevilla perdió su silla*, se refiere a un arzobispado de esta capital, en tiempos de Enrique IV, que dejó de sustituto en su *silla*, sede, a un sobrino, mientras se acercaba a Santiago, por lo del Jubileo sería. Y cuando volvió, el sobrino le dijo *si te vi no me acuerdo*, y que lo más que podía hacer por él era explicarle *dónde llevaba Caperucita el canasto*. Célebre es también *El disimulo de Antequera, la cabeza tapada y el culo fuera*, que cuenta cómo un caballero de esa localidad vióse apremiado en plena calle de singular apretón de vientre, y para que nadie le conociera mientras exoneraba se echó la capa por la cabeza. O de cómo mantener el tipo en las peores circunstancias. Pero de mi predilección es *dale memoria*, por "dale recuerdos", una sutil diferencia que nos deja entrever un vasto mundo, más desconocido aún: el de la semántica andaluza. Pero *ése es otro cante*.

18.8.99

NORMA (andaluz ejemplar)

"El concepto de norma es muy viejo en lingüística; lo que ocurre es que cada investigador, según sea su adscripción doctrinal, postulará por una u otra definición, y será difícil llegar a ver las cosas con claridad". Así se expresaba don Manuel Alvar en 1982, y no han cambiado mucho las cosas. En el difícil camino que pueda conducirnos a la configuración de una norma andaluza del español, *andaluz culto* o *andaluz ejemplar*, Pedro Carbonero distingue hasta cuatro acepciones de *norma*: 1.*N.lingüística*, o de uso común mayoritario; por ejemplo: *hemoh venío*. 2. *N.sociolingüística*, prestigiada por la consideración social: *hemoh venido*. 3.*N.académica*, de uso "correcto" en el estándar madrileño: *hemos venido*. Pero como lo académico debe ir siempre a la zaga de lo social, y no al revés, la *norma académica* en Andalucía deberá coincidir con la *norma sociolingüística*. 4.*N. escolar*, en dos ramas, una hablada (*hemoh venido*), y otra escrita (*hemos venido*). (Los ejemplos son míos). La última podría extenderse a

todo uso público del andaluz, incluida la radio y la televisión. Esa norma andaluza (Vaz de Soto también la llama *registro culto del andaluz*), se podría elaborar a partir de cómo hablan las personas instruidas de toda Andalucía en situaciones estandarizadas, porque es la que mayor grado de cohesión presenta, según las diferentes encuestas de habla urbana actual realizadas en Sevilla, Málaga, Almería... En ella cabría recomendar, no imponer, determinadas pautas, como: distinguir entre *s* y *z*, o bien sesear; nunca utilizar el ceceo grueso. Pronunciar suavemente la jota (*páharo*); aspirar las eses finales, con doble solución delante de vocal: *los-andaluce*, o bien *loh-andaluce*. No articular la *ch* relajada (*mushasho*); no neutralizar *r* y *l* final de sílaba (*arcarde*); no usar las apócopas *to*, *pa*, *na*, *mu*... Utilizar el yeísmo y no intentar recuperar la *ll* castellana. Cosas así. Todavía se habla de una *Norma Atlántica*, compuesta por el andaluz, el canario y el español de América, que es la que más hablantes tiene, con diferencia. Y Coseriu, toda una autoridad mundial, llega a hablar de una *Norma de ejemplaridad panhispánica*: "El español de América, conjuntamente con, digamos, su madre, la lengua española de Andalucía, y en particular la occidental, tiene muy buenas probabilidades de llegar a constituir una *norma de ejemplaridad*".

Tecnicismos aparte, quizás se entienda mejor lo que se pretende con esta *normalización* del andaluz, con ejemplos de vocabulario. En Andalucía se ha dicho siempre *zarcillos*, conviviendo con *aretes* en Granada, Jaén y Almería. Pero lo que no se ha dicho nunca es *pendientes*. Sin embargo, ésta es la palabra que se está imponiendo y destruyendo a las otras dos, por norma madrileña, que no andaluza. Ocurre algo semejante con *palillos*, frente a *castañuelas*, y con *alcancía* (por cierto, bien viva en América), frente a *hucha*. ¿No sería más *normal* recuperar las tres voces andaluzas?

19.8.99

OCCIDENTE/ORIENTE

En la *Lozana andaluza*, de Francisco Delicado, se lee: "Dezime, señor: ¿esas putas son todas desta tierra? -Ay de todas las naciones. Ay españolas, castellanas, vizcaynas, montañesas, galicianas, asturianas, toledanas, andaluzas, granadinas [...]" Es decir, que a principios del XVI lo andaluz y lo granadino eran considerados ámbitos diferentes, y esto por un cordobés, que estaba, como quien dice, en medio. Todavía hoy, en las conclusiones a una encuesta de las hablas vivas del sudeste español (Universidad de Almería, 1993), se destaca que un cierto número de los encuestados "juzga, sobre todo, muy distantes las hablas de la Andalucía central y occidental, que identifican con el "verdadero andaluz". Pero basta hojear los tomos del ALEA para advertir que los signos utilizados al señalar los diversos rasgos sobre el territorio regional, demarcan casi siempre, *grosso modo*, dos zonas bien diferenciadas, con algunos complejos fronterizos. Los casos de relativa homogeneidad, como el que aquí destacamos en la

letra *D*, a propósito de las labores del corcho, son más bien excepción. Consecuencia todo ello, sin duda, de una reconquista en etapas muy distanciadas y diferenciadas.

A lo largo de esta serie, hemos venido marcando esa misma dualidad en diversos niveles del lenguaje: las vocales abiertas del Oriente, frente al sistema más castellano en Occidente; el carácter esporádico de *jierro*, *jembra* en el primero, frente al regular, aunque vulgar y en retirada, del segundo; jota más castellana frente a jota suave, aspirada... Se pueden añadir otros: la parte oriental prefiere el diminutivo *ico*, frente a *ito* en la opuesta, con alguna presencia del extremeño *ino*, al noroeste. Multitud de palabras y expresiones: *lumbre/candela*, *perinola/trompo*, *pipirrana/picadillo*, *choto/chivo*, *panocha/mazorca*, *castrojo/cateto*, *beber a caño/beber a chorro*...

A primera vista, este dualismo constituye un escollo para la configuración de ese *andaluz culto* que venimos propugnando. Pero si examinamos bien el asunto, nos percatamos de que los rasgos discrepantes se refieren en su mayoría a aspectos muy específicos, a coloquialismos, ruralismos, vulgarismos, que se diluyen, o quedan en estado latente, en cuanto se eleva el nivel de uso al de habla culta, urbana y actual. Otros quedarían como simples preferencias léxicas. En ese rango apenas subsisten con fuerza diferencial los dos sistemas vocálicos, cuyo mantenimiento, dual, en una norma culta unificada, no plantearía mayores problemas. Por lo demás, las coincidencias o aproximaciones de otros elementos apoyan las bases de esa *norma*. Así, la aspiración de *s* final en muchas situaciones comunes; la distinción *s/z* en amplias áreas, como a lo largo de casi toda la cornisa de Sierra Morena. La autocorrección que muchos hablantes cultos ejercen sobre sus propios usos no prestigiados, como el ceceo, etcétera. En definitiva, que son más las coincidencias y posibilidades de hoy que las discrepancias de ayer. Y por eso, también, Andalucía es una, y no dos.

20.8.99

PÁJAROS

El bullicioso mundo de los pájaros es en andaluz una fuente inagotable de sorpresas. Raro será el nombre castellano y, dentro de lo propio, la variedad llega a antojarse infinita. Entre los más cercanos al español general tenemos al universal *gorrión*, con la excepción de *gorriato* en amplias zonas de Sevilla y Huelva; el *tordo* y la *codorniz* -*codohní*, *coohní*- comparten el mismo rango. Son muchos los casos de polifonía derivada, como el de la hermosa *oropéndola* (bella como su nombre): *gurupéndola* (Arroyomolinos, Huelva), *goripéndola* (Carmona, Sevilla), *péndola* (Santiago de Calatrava, Jaén), *oripéndola* (Peal de Becerro), *repéndola* (Ardales, Málaga), *jurupéndola* (Colomera, Granada).

Respetuoso a medias con Castilla es el jilguero, que se escapa en todo el oriente como *colorín*. Entre las fuertes disidencias nos encontramos con la *pipita* (lavandera o aguzanieves), protagonista del famoso y desesperante "cuento de la buena pipa"; transformada en la simpática *pajarica de las nieves* de casi todo el Oriente, con un extraño intermedio *tifita*, o *fitita*, en puntos de Córdoba y NE de Málaga. Rebelde al chotacabras es la *zumaya*, cantarina estival de abolengo mozárabe, bajo un pintoresco *engañapastores* en buena parte del Oriente. (Como ven, el Este andaluz es muy aficionado a los nombres expresivos). Cantores de tierra son la alondra (a veces *londra*) y sus parientes: la terrera, la calandria, (alondra real, o *londra riá*, Málaga); la vivaz cogujada que cruza las carreteras, multiplicada en muchas *cotolía*, *cutulía* (Huelva Norte), alguna *vejeta* en Córdoba, además de interminables adaptaciones fonéticas: *cogujá*, *cugujá*, *cocujá*, *cujá*; tan parecidos son morfológicamente los miembros de esta gran familia que provocan toda suerte de confusiones en los informantes, para desesperación de ornitólogos y dialectólogos. Ocurre también con aviones y vencejos, en promiscua algarabía nominal. Pero quizás el caso de mayor onomasiología es el de nuestro veraneante de invierno, el petirrojo: *pimentero*, *sinsote*, *tontito*, *jamal*, al NO; *pechuguito*, *carranco*, *rojito*, por Sevilla; *pichorrubio*, *chinchín colorao*, en Cádiz; *cagachín*, Málaga; *cañamero*, Jaén; *pichicolorao* en Almería. Otras dicotomías hay Occidente/Oriente, como *cernícalo/avilanejo*, con paso fronterizo en *primilla*, y alguna *aguillilla* en Málaga, de donde el sentido figurado que se aplica a personas perspicaces. La famosa expresividad andaluza otorga a muchas otras aves denominaciones familiares y afectivas: *gallito de campo* será el arrendajo en Huelva Norte; pero el mismo nombre servirá para la abubilla en Casas Viejas (Cádiz); *gallito de marzo* es esta misma de los abanicos voladores por Algeciras, y *gallico* por Balerna, Almería. Carlos Segovia, ornitólogo de *Andalus*, me acaba de pasar dos joyas de Aroche: *engatinador* (agatinador) y *rabito hecho ascuas*, colirrojo tizón. En fin, que no parece este mundo de los pájaros sino metáfora general del andaluz, en su libre escapada de la norma de Castilla.

21.8.99

RASGOS SECUNDARIOS

Otros muchos fenómenos del habla andaluza se pueden agrupar bajo este epígrafe. En conjunto o por separado, y en distintas combinaciones con los rasgos principales (aspiración, seseo, ceceo, shesheo, vocales abiertas, yeísmo...) otorgan al andaluz su fisonomía inconfundible, a la vez que escurridiza.

"Esa va pa carmona", se dice en Sevilla de las tormentas cuando ya van pasando. Y no es que se dirijan al bello pueblo donde murió don Julián Besteiro, encarcelado por la horda fascista, sino que van "para calmona", es decir, hacia la calma. Pero no hay que temerle a esta confusión de *l* final de sílaba por *r*, la que produce *arcarde*, *porvo* o *arbóndiga*, pues la propia conciencia de los hablantes sabe cómo reponer la *l* etimológica cuando hace falta. Quizás por un largo aprendizaje de la escuela ("Niño: *sordao*, *barcón*, y *mardita sea tu arma* se escriben con ele. ¡*Ele* ahí!"), o porque se trata de uno de esos fenómenos que ocultan una vieja sabiduría latente, especie de competencia dormida en los repliegues más hondos de la memoria idiomática. En último extremo, siempre está el contexto de la frase para aclarar. A nadie se le ocurre que ¡*Arma mía!* pueda ser algo más que un desahogo del *alma* (salvo, quizás, en el caso del ex alcalde de Estepona, el hijo de Jesús Gil, cuando se negaba a devolver el revólver que se había comprado con dinero público). Sólo falta aclarar que es un rasgo coloquial, o semivulgar, de todo el español, y que el trueque de sonidos es a veces en sentido contrario: *galganta*, *velde*. (Esto se llama lambdacismo).

La caída de consonantes sonoras intervocálicas da origen a los participios *comprao*, *veníó*, *sío...*, tampoco exclusivos del andaluz, y fácilmente reconstruibles en el habla más enfática, o culta; además da *có* (codo) o *ehpá*, espada. ("Se me clavan tus ojos como *una'hpá*", canta la Lole). Ayer vimos cómo de cogujada se llega a *cujá*, como si esta simpática ave de la moñita fuera perdiendo sílbas en su correteo por *loh sembrao andaluce*. El que hemos llamado "superfonema del andaluz", es decir, la aspirada, reaparece también en sustitución de otras consonantes en final de sílaba: *piehna*, *amahla* (pierna, amarla), *pahto* (pacto)... Pero otras desaparecen en final de palabra sin dejar ni rastro: *má*, *só*, *sá* (mar, sol, sal), que la frase se encargará de aclarar, como de costumbre.

Una consideración final: los andaluces, por lo común, somos muy conscientes de los límites a los que puede llevar la acumulación de estos rasgos en la cadena hablada, incluso sin necesidad de haber ido a la escuela. Con cautela humorística, y como una especie de desafío al forastero, todavía se oye: ¿A que no sabe usted lo que significa "*mah frío qu'una-hpáh-núa?*" (más frío que una espada desnuda). Una base más para el afianzamiento del *andaluz culto*, esta autocrítica incorporada.

22.8.00

SESEO

"Las niñass bien educadass pronuncian mucho las esesss: cáscaras de higoss, cáscaras de nuecess, rabos de lagartijass, colas de pecesss...". Este chusco aforismo pedagógico aún tenía cierta vigencia en colegios de monjas para niñas de clase media-alta allá por los sesenta. Y aunque con aire de

broma (no hay bromas inocentes, decía Freud), y referido más bien a las eses finales, no dejaba de llamar la atención sobre la "necesidad" de pronunciarlas todas, e implícitamente de distinguir entre *s* y *z* (eses/nueces, peces). Todo un prontuario del *hablar fino* en que debían ejercitarse las damitas andaluzas de buena posición.

Ni que decir tiene que el *seseo*, y el *ceceo*, siguieron su camino andaluz por donde les vino en gana, y llegaron hasta las Américas, con el mayor descaro y sin pedirle permiso a ningún colegio ni academia; eso sí, el *seseo* pagó peaje en Canarias. Lo que ya no está tan claro es cuándo y por qué se originó esta revolucionaria reducción del par *s/z*, que iguala entre nosotros *pozo* de agua y *poso* del café; *casa* y *caza*, según zonas, a excepción de la cornisa septentrional (sierras de Huelva y Córdoba; un poco menos la de Sevilla), media Granada, la más oriental, y Norte de Jaén. En todas estas áreas se distingue como en Castilla o León, y la gente o va su *casa*, o va de *caza*., se tiran al *pozo* o tiran el *poso* del café. Claro que para evitar confusiones, lo mejor es decir *voy de cacería*, (y por analogía *de pesquería*, Sierra de Aracena), o "este café tiene mucha *zurrapa*". Y todos tan contentos.

En cuanto a que si la reducción vino por influencia de un *seseo* bereber o mozárabe, o por una voluntad de los sevillanos de ir más lejos que los madrileños en el camino de simplificar el complejo sistema del castellano medieval (cuatro *eses* hermanas, y dos primas), es cosa que sigue produciendo ardorosos debates entre los especialistas. Al día de hoy, lo cierto es que hay dos *seseos* diferentes en Andalucía (suenan y se articulan de distinta manera): el de Sevilla (predorsal) y el de Córdoba (coronal), con ramificaciones. El primero, después de burlar el estrecho cerco que le ponen los pueblos *ceceos* de su alrededor, se extiende por la provincia de Cádiz -la que no *cecea*, o la que practica la convivencia, como la capital-, por casi toda Málaga, y llega hasta el sur de Granada. El otro se consolida en Córdoba, pero reaparece, como el Guadiana, por fronteras onubenses con Portugal y hacia el lado contrario, por Almería. La cercanía norteña con la *ese* castellana produce situaciones híbridas muy curiosas, como distinción de niveles culturales en Sierra de Aracena (más sevillana en personas instruidas, más castellano-leonesa en las de menor formación). Pero todo esto se está estudiando de nuevo, y los profesores Jerónimo de las Heras

y M^a Dolores González Gil nos anuncian novedades. *Deseandito ehtamoh conosehla*.

23.8.00

TIEMPOS NUEVOS

Las hablas urbanas actuales son un ejemplo vivo de la pujanza del andaluz, no como dialecto divergente, o anómalo, del castellano, sino como modalidad progresiva del español, que siempre fue. Lo que ocurre es que en esa esfera de la comunicación directa, sin trabas, se detectan los fenómenos de cambio con mayor claridad, en un hervidero de coloquialismos, neovulgarismos, neologismos pasajeros - otros se hacen firmes-, que apenas da tiempo a registrar. Pero ahí es donde está el futuro del idioma, y donde se muestran, por suerte, las mayores tendencias unitarias, bajo apariencia de caos. No hay que olvidar que el castellano procede del latín vulgar y vivo de las calles del Imperio, y no del que escribía Cicerón.

En los años ochenta, un grupo de profesores de la Universidad de Sevilla, comandados por Vidal Lamíquiz, llevaron a cabo un estudio sociolingüístico sobre el habla urbana de Sevilla, editado en diez tomos, de incalculable valor. Y más conforme pasa el tiempo. Por centrarnos sólo en un aspecto, el del léxico, es muy ilustrativo reseñar lo que ocurrió con el esfuerzo del profesor Fernando Rodríguez Izquierdo en inventariar y distinguir los neologismos cultos de los neologismos populares, y la oferta que él mismo hizo a la Academia para que los incorporase al Diccionario, en la nueva edición que entonces se preparaba, la del 92. Pues que de un total de 166 neologismos recogidos en el nivel popular, y 34 del nivel culto, la Academia sólo admitió uno de éstos, *pastiche*. Fuera quedaron palabras o acepciones ya consolidadas como: *sieso* (antipático), *viejo/a* (padre, madre), *cubata* (cubalibre), *enrollarse* (tener un juego amoroso sin compromiso), *pija* (cursi, de buena familia), *currelo* (trabajo), *facha* (fascista), *futbito*, *liguilla*, *mijita*, *capillita*, *jartá*, *kilo* (millón), *regulín*, *cacharritos* (atracciones de feria), *papear* (comer), y un largo etcétera. Por no aceptar, no aceptaron ni *socialdemocracia*. Para qué les voy a contar de expresiones como *de puta madre* (que rápidamente aprendió un kosovar de los acogidos en Mollina en el mes de Julio, para significar lo bien que lo estaban tratando), o *hacer puñetas*, que ya es casi un arcaísmo. Bueno está que sobre algunos términos de rabiosa actualidad, como *pureta*, *corgao*, *es que te cagas*, la noble institución ejerza unos tiempos de cautela, pero no que siga negando la incorporación al diccionario de voces y expresiones más que asentadas, todavía no sabemos por qué. Pues tampoco se ve un criterio homogéneo, si de pronto te encuentras con *chungo*, o *canuto* (cigarro de hachís; por cierto, ¿por qué no *jachís*, que es lo que dice todo el mundo?) Es verdad que el idioma corre que se las pela, pero en estos tiempos el Diccionario no tiene más remedio que acelerarse también, o dejará de ser el instrumento útil que todos necesitamos, para convertirse en un instrumento de tortura, especialmente ejercido sobre el andaluz. Para no variar.

24.8.99

URTA

Ya hace años me contaba un mayorista de *pescao* de Conil que había enviado unas cajas de *urta* a la capital de España, para explorar mercado, y que se las devolvieron *enteritas*. ¿Ah, sí?, pensó el hombre, pues ya se quedaron los madrileños sin probar el mejor *pescao* del mundo. No sé si desde entonces acá habrá cambiado la cosa, pero veo a mucho veraneante mesetario que siguen sorprendiéndose con las excelencias de la *urta a la roteña*, buque insignia de la gastronomía gaditana. Desconozco también si tendrá que ver esta grave carencia cultural con el hecho de que tampoco esta palabra nuestra viene en el Diccionario de la Academia, que al paso que vamos acabará convirtiéndose en un memorial de agravios lingüísticos contra Andalucía. (Y no era propósito de este humilde cronista, que va de sorpresa en sorpresa, como ustedes, formular la correspondiente denuncia). Lo malo es que tampoco viene en el ALEA.(!) Me figuro que todo esto a Aurora Vargas debe importarle un comino, cuando canta estas alegrías, con su desgarrado cañí: "Tartesos, fenicios, godos,/ visigodos y romanos,/ mojarras, *urtas*, *jerreras*,/ *zapatillas* y robalos". Tampoco estas *zapatillas* han dejado ni huella en el "desmemoriado", y en cuanto a las *jerreras*, lo más próximo es "**Herrera.- Mujer del herrero**" (qué arte).

Si variopinto y polifónico era el mundo de los pájaros andaluces, eso no es nada comparado con la ictionomía, o nombres de peces. Aquí todo es escurridizo, tal vez por contagio de las criaturas a las que se pretende nombrar. Empecemos por cosas sencillitas: la anchoa proletaria (por lo menos antes de llegar a la lata) es confundida en algunos sitios con el *espadín*; en otros recibe los nombres de *lacha*, *litrera* o *sardineta*. Y eso que es un genovesismo conocido en Sevilla desde 1302. (Otro genovesismo, aunque entró disfrazado de catalán, es *chanquete*, pero no se afianzó en Málaga hasta el presente siglo; que todo esto se lo tiene muy bien estudiado don José Mondéjar). El más burgués besugo fue siempre en casi todo el litoral andaluz *pachán*. (Y al aligote le llamaban besugo). La palometa es *serviola*, y la platija *pelúa*. Pero de nombres combatidos por la norma de Castilla, un barco lleno: *zafío*, *sollo* y *robalo* han pasado a ser inevitablemente congrio, esturión y lubina. El *albur* (el de Coria del Río, en adobo, es para descontrolarse), es la liza, o *mújol* en Almería, permeable a los levantismos, o levantina ella también. En variabilidad, el rodaballo será *robegayo* (Huelva), *roebayo* (Cádiz), *Roagallo* (Málaga)... Y en expresividad, cómo no, la bacaladilla: *señoritas en pelota*, (*Noroeste*), *mujeres en cuero* (Sevilla) y ya en el desmadre gaditano: *putas en cuero*. Aquí el oriente, incluida Almería, es más comedido: brótola. Ahora la medusa: *picamucho* (Huelva), *temblaera* y *aguamala* en Cádiz, *aguacuajá* por Málaga. Y a nosotros se nos ha *cuajao* el artículo, y no hemos hecho más que empezar. Paciencia y una caña.

25.8.00

VULGARISMOS

Una chica inglesa, estudiante de español, que este verano pasaba unos días en casa de unos amigos, tuvo la curiosidad natural de saber qué era aquello de *Mojinos escocíos*, que tanto sonaba. No sin un cierto engorro hubo que explicarle en qué consistían las reconditeces del asunto por las que se proclaman esos estilistas del idioma, con apariencia de grupo musical. Y es que, por descontado, en el exquisito diccionario de los académicos, ni sombra remota de ninguna de las dos palabras. Ya hace unos años, los del *agropop* iniciaron esa desenfadada carrera de la desverguenza verbal, tan del agrado de cierto público y tan reveladora de buena salud democrática. Algo impensable, por ejemplo, en cualquiera de las repúblicas hispanoamericanas, Cuba incluida, donde es rigurosamente condenable escribir la palabra *culo*, y semejantes, so pena de cataclismos inimaginables.

¿Vulgarismos? Qué será eso. Sin duda una simple cuestión social. O quizás no tan simple, puesto que ha estigmatizado al habla andaluza con una de las peores injusticias que pesan sobre ella: su identificación con los vulgarismos léxicos, a más de una forzada pronunciación, en un código artificial del *gracioso* para uso y abuso de sainetistas antiguos y modernos (léase televisión). Cuando está más que probado que *haiga*, *enenante*, *bujero*, *gabina*, *paratrapo*, *andalias*, *mondarina*, *paderes* o *entavía* son vulgarismos del español general, y no del andaluz en particular. Recuerden a la abuela de "La familia Ulises", del TBO, que era catalana y empleaba esos mismos tropiezos para deleite de toda la chiquillería española. Lo malo es que muchas palabras de uso corriente en Andalucía pasen también por vulgarismos, y lo peor, que como tales se consideren peculiaridades fonéticas, error que cometen incluso algunos lingüistas que nos aman poco.

¿Dejarán por eso de tener cierta gracia las deformaciones que se siguen produciendo? Claro que no. Cualquiera puede contar anécdotas cotidianas de lo más divertidas, indicadoras de cómo la poca instrucción continúa generando maravillosos disparates lingüísticos. La asistenta de unos vecinos asegura muy seriamente que unos extraños males que padece se deben a una insuficiencia grave de "mormonas". Varios estudiantes sevillanos escribían en exámenes de selectividad que un personaje había sido "embestido" doctor *honoris causa*. Una médica que trabaja en Córdoba me contaba el otro día que un paciente se señalaba el corazón, convencido de haber sufrido un "torrefacto"; a lo que un colega guasón que por allí andaba, apostilló: -Pues habrá que hacerle un "catetismo". En ese mismo hospital otro enfermo afirmaba categóricamente que un familiar suyo había muerto por "juntamiento de las pellas de arriba". Aún están buscando en tratados de anatomía antigua o popular. Pero hasta la presente, la única hipótesis plausible es que eso debe andar por la parte contraria a los *mojinos escocíos*.

26.8.99

X, EN SINTAXIS

La apretada carrera que llevamos en esta serie nos obliga a tomar parada y fonda, siquiera momentáneas, en la x del interior de *sintaxis*, para poder decir algo acerca de éste todavía gran enigma del andaluz. Y algo también de su plano ribereño, la morfología. Es decir, qué usos gramaticales aplicamos especialmente a la construcción de la frase, y a la manera de entender el mundo, claro. Casi *ná*. Tanto, que los estudios andan todavía en pañales, pese a que siempre se ha tenido la intuición de que por ahí debe andar parte importante de nuestra personalidad lingüística. A no otra cosa parece referirse don Juan Valera cuando escribe: “No poca gente de Castilla pudiera ir por allá (por Andalucía), a aprender a hablar castellano, ya que no a pronunciarlo”. Como el magnífico regalo que nos hizo en 1980 don Gonzalo Torrente Ballester (aquel también magnífico Catedrático de Instituto, para oprobio de todas las Universidades): “Es en Andalucía donde mejor se habla español... Lo que siento es no estar aquí para aprenderlo”.

Pero el inventario de peculiaridades morfosintácticas es, por ahora, escaso: algunos cambios de género para expresar cosas distintas en algún orden: *el caló/la caló; el mar/la mar*. Suprimir la preposición en los complementos del nombre: *el puente Triana, un vaso agua, la Niña la Riá* (Málaga). La eliminación del *vosotros* en casi todo occidente, democratizando el *ustedes*, en dos posibilidades: *ustedes saben, ustedes sabéis* (la segunda menos prestigiada). Dámaso Alonso era un admirador de esta revolucionaria simplificación que, como la del seseo, o la del yeísmo, también exportamos a América, y que actualmente se va extendiendo al singular: “Esta falda te queda estupendamente”, dirá hoy una empleada joven a una clienta señora mayor, licenciando el *usted* a mejor vida. Y sin falta de respeto. Pues también se acumulan las estrategias corteses en la sintaxis coloquial: *no sé, me figuro, ¿verdad?, personalmente...* Algunos usos adverbiales y adjetivos muy expresivos: *ese anda malamente; venían vestidos iguales; encima mía; detrás tuya* (que algunos maestros se empeñan en corregir, como si no se entendiera); o el gerundio con diminutivo: *estoy deseandito* verla. Del diminutivo andaluz ya hablamos en la E. La estrella de este nivel es sin duda la exactitud en el uso de los pronombres *le, la, lo*, con preferencia loísta muy andaluza: *Lo han cogido preso*. Pero lo que no escucharemos jamás es a un andaluz laísta: *la hice un regalo*, que, aunque algunos madrileños no lo sepan, significa en español “la convertí en un regalo”, cosa que no creo guste mucho a las feministas. Rara será también esta incorrección en el español de futuro, en el atlántico, por su base andaluza. Menos mal.

27.8.99

"YIRONA"

Junto con la aspiración y el seseo, el yeísmo es una de las tres características más acusadas del andaluz, o español meridional. Tal vez incluso más que las otras dos. Se trata de la anulación del par castellano *ll/y*, en favor de la segunda consonante, por lo que aquí suenan lo mismo *se calló* y *se cayó*, *pollo* y *poyo*. Sin grave riesgo de confusiones, pues afecta a pocas palabras y, además, para eso está el contexto, como también ocurre con el *seseo/ceceo* y con el *ustedes/vosotros*. Curiosamente, tres fenómenos que parecen ir en la misma dirección simplificadora y expansiva. No en vano el yeísmo está muy arraigado también en el español de América, pues de aquí salieron igualmente los trasplantes. Por su fuerza contagiosa parece haberse ido extendiendo a otras zonas del español peninsular. Y eso que originariamente no es un fenómeno surgido aquí, ya que se le apuntan indicios castellanos en el XVI. Pero lo que no cabe duda es de que aquí se extiende y afianza, a pesar de que era todavía censurable en el XVIII, como algo "demasiado" andaluz. Don Ramón de la Cruz lo excluye por eso de su cliché de sainetista madrileño. Y un célebre epigrama de Tomás de Iriarte pretendía ridiculizarnos por su uso a finales del Siglo de las Luces: "Oí zalameras voces/ de veinte damas ceceosas./Las unas ya muy *gayinaz*/ y las otras aún muy *poyaz*". Y "andaluces de la Alcarria" soy hoy llamados los yeístas de Brihuega (Guadalajara), por sus vecinos. En total, un ejemplo paradigmático de cómo lo de menos es el origen histórico de un fenómeno lingüístico, sino su implantación e irradiación. Deberían tenerlo muy en cuenta quienes no hacen otra cosa que intentar desnaturalizar el habla andaluza con sospechosos cuestionamientos de *pedigree* histórico. Los reductos que quedan en Andalucía de conservación de la *ll* castellana se mantienen a duras penas, aunque son muy llamativos. En el borde oriental: Vélez Rubio (AL), Santiago de la Espada (J), o Puebla de don Fadrique (GR), aquí sólo las mujeres. En el occidental onubense: Calañas, Cabeza Rubia, Paimogo (el pueblo de Vaz de Soto), Santa Bárbara, Valdelarco -muy intenso-, haciéndose costero en el popular Lepe. En Sevilla, la zona de Bollullos de la Mitación y El Viso del Alcor -muy intenso también. Salpicaduras, pocas, en otras provincias.

Este turbión fonético, el yeísmo, es capaz de engullirse cualquier otra cosa que pase por sus cercanías. Como ha ocurrido con ese vano intento del catalanismo cateto a lo Pujol, de obligarnos a pronunciar *Girona*, con un fonema que el castellano licenció en el siglo XVI, en favor de la jota, junto con la *x* de México. Lo más que podemos hacer por él es lo que ya hacemos: *Yirona*. Eso es lo que hay.

28.8.99

ZOOLOGIAS

El reino animal, en su conjunto, ratifica la tónica nominativa de pájaros y peces: fuga del castellano a la primera ocasión. Sobre todo las criaturas que a su vez escapan del dominio del hombre. Dos libertades en abierta metáfora. Empezando por lo más chico, los insectos, nos encontraremos a la santateresa, una santurrona a la que los andaluces tenemos *mu calá*: apeada del santoral, se queda en *teresa* o *teresita* por casi toda la cornisa norte; y aunque recupera el aura de hipócrita beatitud (no olvidemos que se come a sus amantes crudos, tras exprimirles el jugo bilógico) conforme baja por el mapa, no dejan de acusarla como *caballito del demonio* en Écija (SE) y en Gafarillos (AL), y ya no llegará más que a *sacristán* en Tahal (AL). El saltimbanqui del jardín, el saltamontes, es *cañafote* en Huelva y *cigarrón* en el resto. La mariquita de siete puntos, ésta sí es beatificada por la mirada popular andaluza: *sanantonio* en el occidente, con derivados varios: *zanantñoito* en Cádiz y *santanica* en Almería. Pero degradado a simple *curilla* o *curica*, en Granada. El candil de la noche agosteña, la luciérnaga (que parece estar recuperándose tras unos años de casi apagón) es el *bichito de lu* en el Oeste, *gusanico de lu* o *candilico* en el Este, más un contundente *reluzángano* en Almería. La mariposa es más rara por este nombre de lo que parece; en su lugar abundan las *paloma*, *palomita* (centro) y *palomica* (GR, AL).

Pasando a animales mayores, mas todavía indómitos, el renacuajo será *guzarapo* en muchos puntos del occidente y centro, por un *cabezón* (CA, GR). El murciélago dará abundantes *murciégalos* e incluso *mosiégalo* en Almodóvar (CO); un expresivo *ratón volaó* en Los Molares (SE), el pueblo del malogrado novelista Francisco Rivero, a más de la común *panarra* en Sevilla y su entorno. (No viene en el ALEA). El topo reparte los diminutivos, un poco a ciegas, claro: *topillo* (CO,SE), *topino* (H Norte). Entre gineta y garduña nuestros campesinos se forman un verdadero lío. Una u otra será el *gato garduño*, *garduña* o también gineta, según. Cuando había lobos en Andalucía, la cría, que era objeto de sañudas persecuciones que acabaron con la especie por una recompensa de los ricos, nunca era llamada como en Castilla, lobezno, sino, otra vez por diminutivos geográficos: *lobito* (centro), *lobillo* (más al Este), *lobino* al NW. Su inevitable contendiente de los cuentos populares, la zorra, recibe los más variados eufemismos, con tal de no ser nombrada, para evitar el mal fario que dicen que trae: *gandama* y *matula* (GR,AL), *bicha* (CO,MA), *mariagarcía* por los montes de Jaén, *comadrica* en Granada, y *comadre* en Sevilla, capaz de engañosas alianzas con el lobo, incluidos matrimonios de pura conveniencia, que la vida es muy dura. Y colorín colorao esta serie z'acabao.

Nota.- Lunes y Martes, cosas que se quedaron en el tintero y reflexión epilodal.

EPILOGO (I)

Llega el momento de las puntualizaciones y de alguna reflexión final, que en materia tan delicada como es ésta del habla andaluza no resultará ociosa. Mucho se quedó en el tintero, inevitablemente. Nada dijimos, por ejemplo, de entonación, ni del ritmo de la frase, ni del timbre de la voz, ni de semántica andaluza. Asuntos todos de la mayor importancia, aunque poco estudiados. Nada tampoco de *diglosia*, o situación de bilingüismo clasista en que se desarrolla el aprendizaje de la lengua en nuestra comunidad, entre una norma dominante, la estándar o madrileña, y otra dominada, la andaluza. Los profesores Jerónimo de las Heras y M^a Dolores González trabajan audazmente en un método para impulsar las ventajas intelectuales de un aprendizaje simultáneo de los dos registros. Interesantes vericuetos de la psicolingüística. Con ganas nos quedamos de adentrarnos en la conquista de América por el andaluz, allí donde reinan nuestros *aventar, alcancía, alcaucil, manque, perol, prometer*(asegurar)... A primeros de mes, un abogado chileno de las víctimas de Pinochet hablaba de "esa *tontera* del arbitraje", utilizando un término bien vivo en Huelva, claro. Y a qué seguir. Precisaríamos otro abecedario sólo para matices y olvidos.

Cuestión sustantiva de esta serie fue, naturalmente, la definición misma. ¿Qué es el andaluz? Muchas denominaciones se han propuesto, todas controvertidas: habla andaluza, hablas andaluzas (algunos ponen tanto énfasis en el plural que no parecen utilizar este morfema sino como disolvente; como si el castellano mismo no fuera plural o el español de América fuese homogéneo desde la Patagonia a Nuevo México); dialecto andaluz (hoy, por fortuna, todos parecen rechazarlo); *español meridional*, empleada por José Mondéjar. Con ésta expresamos nuestro acuerdo, además de *habla andaluza* o meramente *andaluz*. Una razón, entre muchas: bastante hemos sufrido ya los andaluces bajo el cliché de *vulgar y gracioso* adjudicado a nuestra manera de hablar, como si ésta fuera una suerte de anomalía pintoresca del castellano, que mereciera ser tratada *fuera aparte*. Nosotros no queremos estar aparte de nada, sino dentro mismo del meollo del español, como forma evolutiva y de vanguardia que siempre fue el andaluz, hasta ser capaz de alumbrar una nueva norma, complementaria de la de Castilla: la *norma andaluza*, base a su vez de un *español atlántico*, o *norma de ejemplaridad panamericana*, en expresión de Coseriu. Bien claro lo dejó también don Emilio Alarcos: "Hoy día concurren normas cultas diversas en los vastos territorios donde se practica el español como lengua materna".

Y con esto nos ratificamos en la necesidad, político-social ante todo, de que se configure una *norma de andaluz culto*, o *andaluz ejemplar*, para uso público fundamentalmente; incluyendo en lo público, cómo no, los medios de comunicación audiovisuales, donde hoy reina la más absoluta anarquía lingüística, como mañana veremos.

30.8.99

EPILOGO (II)

Con razón se quejaban los 300 periodistas que firmaron el manifiesto del 28 de febrero de 1987, glosado e impulsado por José Luis Carrascosa, en protesta por la escasa y errática promoción del andaluz en los medios audiovisuales, especialmente en Canal Sur TV, que por ser el más potente tiene la mayor responsabilidad en defensa del Estatuto. Sólo en el informativo de tarde del día 3 de febrero de este año, atrapamos las siguientes muestras, a distintos locutores: "*Los informes técnico sobre el ehtado de los edifisio*". "*La idea está en ehtudio*". "*Parece que hay algunas diferencia*". Es decir, esos finales, cetras, seseos y aspiraciones a puro capricho. Aquí las pongo, aquí las quito, porque me viene en gana. Hiriente rebujina, naturalmente contrastada por un castellano perfectísimo de Valladolid, Cuenca o Guadalajara, en otros locutores y locutoras. No sabe uno qué es peor. La sensación de desorden y de *todo vale* ha sustituido al antiguo "mira qué gracioso hablan estos andaluces". Tampoco es fácil elegir qué resulta menos dañino. Es notorio que todo esto ocurre por una deficiente y timorata política lingüística de la Junta de Andalucía, que no acaba de tomarse en serio "lo del andaluz". Y sus socios de gobierno, los andalucistas, tampoco.(!)

Cuestión aparte ha sido verificar, letras tras letra de esta serie, los malos tratos que nos dispensa el Diccionario de la Real Academia, algo que nos fue llenando de asombro y amargura. Si el andaluz es español por esencia y existencia, no se comprende tanto vacío de palabras nuestras, de uso corriente, o específico, que ni siquiera forman parte de dudosas jergas, espantables vulgarismos o rústicas rarezas. Y aun en estos tres supuestos, mucha tela habría que cortar. ¿Pues cómo y por qué se ponen tantas aduanas en el diccionario de todos? ¿Qué necesitan palabras o acepciones del mundo flamenco como *afillá*, *rajo*, *guajira*, *garrotín*, *mirabrás*, *toná*, *cantiña*, *rumba*...; del mundo rural, de los animales, de la pesca, como *corchizo*, *madarro*, *tupío*, *piro*, *embusar*, *lieva*, *aterminarse*, *fechar*, *castrojo*, *avilanejo*, *jamal*, *urta*, *jerreras*...; del habla urbana coloquial como *malafollá*, *sieso*, *cubata*, *facha*, *capillita*, *regulín*, *cacharritos*..., y tantas y tantas, para acceder al templo sagrado del idioma? ¿De quién es el idioma? Y en cuanto a los derivados fonéticos, por qué no se registran de una vez *esaborío*, *explotío*, *pescaero*, *siguiriya*, *bailaó*, *tocaó*, *cantaó*..., si así es como dice todo el mundo en Andalucía? Se argumentará: son deducibles de la norma general. No es cierto. Los extranjeros que estudian español en nuestras

Universidades tienen muchas dificultades con el Diccionario. Y además, ¿por qué aparece en éste *zúa*, forma andaluza de *azuda*, y no *pescadero*, que es mucho más corriente y única? En fin, otra vez nos quedamos sin espacio. Pero dicha y rubricada está la protesta, y actúen quienes tienen potestad para hacerlo. Que la democracia aún no ha llegado al español meridional.

31.8.99